

HOY SABADO

EDUARDO MENDICUTTI

Buena presencia



Nos hemos escandalizado mucho al saber que un supermercado de postín rechazó a decenas de aspirantes a trabajar en la empresa por ser de ciudades dormitorio, «morenetes» («café con leche, largo de café», apunta de su puño y letra el chistoso entrevistador), feos, jóvenes divorciadas (qué guarrería, por favor) o simplemente desdichados en la vida («vivió en una residencia de la Comunidad de Madrid»), o por tener cara o pinta de indio, de cochinillo, de gitano o de macarra. Denigrantes lindezas que tie-

nen que soliviantar a cualquier persona decente, pero que a lo mejor, miren por dónde, a más de un empingorotado cliente de tan carísimas tiendas les parecen superlógicas y supernormales.

Y es que, no nos engañemos: ese supermercado no es el único lugar del mundo donde se aplican a rajatabla tan asquerosos criterios de admisión laboral. Miren a su alrededor: ¿Cómo son los dependientes de los grandes almacenes o de cualquier tienda medio pretenciosa, las se-

cretarias de las grandes empresas, las azafatas y los azafatos de vuelos y de congresos, los camareros y camareras de cualquier bar, restaurante o discoteca mínimamente remilgado? Con la excusa de la «buena presencia», se supone que legítimamente exigible, una parte importante del mercado del trabajo está vedado a quien sea gordo, feo, «café con leche, largo de café», o no sea joven, o no tenga más remedio que vivir en el extrarradio, o que tenga cara de indio, de cochinillo o de

gitano, o a quien se le noten «ojos de hambriento» (otra de las perlas del seleccionador de personal del supermercado en cuestión) y a quien lleve grabadas en la cara las penalidades de la vida. El mercado de trabajo de lujo, de semilujo, o sencillamente de medio pelo, pero con pretensiones, es clasista, racista y xenófobo, para qué nos vamos a engañar.

Claro que esos criterios tan exigentes sobre juventud y presencia sólo se aplican a los subordinados. Pocos, por no decir

ninguno, de los dueños o jefazos de grandes empresas, con sus pintas redichas o atocinadas, pasarían las intransigentes pruebas de admisión de sus departamentos de recursos humanos, como se dice ahora. Y fíjense en los mandamases de la Tierra, que se reúnen en cumbrones desvergonzados cada dos por tres: por edad o por presencia, ninguno de ellos sería admitido como simple azafato en los congresos de sus propios partidos. Algún justiciero seleccionador de personal debería alguna vez cogernos por su cuenta y decir, por escrito y por las bravas, lo que piensa de ellos.